

PRESENTACIÓN
de mi libro
Ensayos de Filosofía de la Psicología

Bien pensadas las cosas, creo que podemos con seguridad afirmar que es obvio que una diferencia esencial entre los problemas que plantean las ciencias y las dificultades a las que nos enfrentamos en filosofía es el carácter eminentemente misterioso de las segundas. En efecto, un problema de ciencia puede ser complejo, difícil, importante, pero no es nunca misterioso. Un problema científico está planteado de manera tal que de él el misterio queda inevitablemente excluido: está formulado en términos técnicos, previamente definidos, se entiende perfectamente qué se quiere resolver, esto es, el problema está claramente delineado, está enmarcado en una teoría que ya se conoce y maneja; se comprende, asimismo, qué consecuencias prácticas acarrea el que no se encuentre una solución; hay criterios universalmente aceptados para lo que es una respuesta satisfactoria, y así sucesivamente. Ciertamente no es eso lo que pasa con las dificultades filosóficas. Una dificultad filosófica es una curiosidad intelectual que puede ser abordada desde muy diversas perspectivas, planteada de muy diverso modo y en muy variados contextos, no es susceptible de una respuesta total y definitiva y está simultáneamente entrelazada con múltiples problemáticas. Por eso, más que de problemas hablamos en filosofía de enigmas, de perplejidades, de enredos. Y un rasgo distintivo de dichos enigmas es, como dije, el de acarrear consigo un aura de misterio. Piénsese tan sólo en cuestiones como la naturaleza de lo bello, la relación entre la mente y el cuerpo, la caracterización de la verdad, la existencia de Dios, la forma de ser de los números irracionales, el significado de las palabras, etc., etc. En casos como estos nos las tenemos con interrogante serios, sugerentes, apasionantes, objetivos, independientes de nuestra inteligencia o mente y, no obstante, inquietantes, raros o, como dije, misteriosos.

Difícilmente podría ser aquí mi propósito elaborar una topología de misterios, pero no puedo dejar de afirmar que, en ese mundo de *puzzles* que conforman a la filosofía, podemos divisar cierta jerarquía. Algunos misterios parecen ser más profundos, más insondables que otros o, por lo menos, más decisivos, más cruciales. Y no sería en lo más mínimo descabellado sostener que las áreas de misterio filosófico más atractivas, de mayor fuerza centrífuga, son las que tienen que ver con la realidad de la divinidad, por una parte, y con la naturaleza de la mente y su relación con el cuerpo, por la otra. El libro que aquí presentamos se ocupa de problemas de esta segunda, pero primordial, rama de la filosofía.

Aunque quizá resulte innecesario, no estará de más decir desde ahora que este libro de ensayos de filosofía de la psicología tiene como eje en torno al cual girar al pensamiento del mayor genio filosófico de los últimos tiempos, a saber, Ludwig

Wittgenstein. Grande es, pues, nuestra responsabilidad! Los ensayos de los que se compone el trabajo son, así, básicamente de filosofía wittgensteiniana y ello en dos sentidos fundamentales: se trata, en primer lugar, de reconstrucciones (quiero pensar que fieles) de ideas y pensamientos de Wittgenstein y, en segundo lugar, de discusiones y análisis “a la Wittgenstein”, esto es, de análisis en los que se toma como modelo los él efectuó. Sobre estos dos rasgos del libro diré rápidamente unas cuantas palabras.

El aspecto que deliberadamente favorecí de las posiciones del propio Wittgenstein fue su faceta positiva o constructiva. Estamos quizá demasiado acostumbrados a no ver en él otra cosa que un destructor de mitos, un iconoclasta filosófico, lo cual sin duda alguna se apega a la verdad, pero por ello mismo tendemos a olvidarnos de que el análisis gramatical, en **su** sentido, tiene como objetivo último la promoción del punto de vista correcto en relación con el tema examinado, sea el que sea. Ciertamente, la labor destructiva es inevitable, en filosofía de la psicología como en cualquier otra área, pero representa o constituye tan sólo una labor propedéutica insalvable, no exhaustiva. Es innegable el éxito destructivo de Wittgenstein, pero también lo es el que su labor de elucidación filosófica enseña, transmite algo, o mejor dicho, mucho. Podemos preguntarnos: ¿en qué podría consistir la labor positiva de un pensador que tiene como adversarios a todos los filósofos de todos los tiempos, a la filosofía tal como la conocemos y estudiamos? Intentaré responder a esta pregunta de la manera más cruda y breve posible.

Desde la perspectiva wittgensteiniana, y en concordancia con lo que dijimos al principio, un problema filosófico es ante todo o más que otra cosa un enredo o un nudo conceptual. Lo que esto implica es que tanto el problema filosófico de que se trate como las tesis que se proponen como soluciones a él se fundan en alguna clase de error. ¿Qué clase de error puede estar aquí generando las dificultades? Para decirlo de la manera más burda posible, errores de alguna manera relacionados con el lenguaje. Pero intentemos ser más precisos: ¿de qué clase de errores “lingüísticos” se trata? ¿Será acaso que los filósofos no saben hablar o escribir? ¿Que son iletrados? Obviamente no: los errores en cuestión atañen a la interpretación de las reglas de uso de las palabras empleadas. La idea es, pues, que posiciones filosóficas típicas, como la de que sólo percibimos los que tenemos en la conciencia, argumentos como el de que dado que el pasado ya no es y el futuro todavía no es, entonces lo único real es el momento actual, o tesis como la de que podemos pensar en entidades que no existen, que la mente es una computadora, que es posible que no haya un mundo externo o que pensar es un proceso, representan todos ellos atentados contra reglas de aplicaciones de signos comúnmente aceptadas. Las formaciones de palabras son, desde luego, impecables, y en este sentido, el lenguaje de los filósofos inatacable. El problema es que además de las reconocidas reglas que gobiernan la apariencia superficial de las oraciones, *i.e.*, su formación, hay también reglas que rigen su

aplicación pero que sólo aprendimos, por así decirlo, sobre la marcha. Una diferencia obvia entre reglas de gramática superficial y reglas de uso es que las primeras son siempre explícitas, nos las enseñaron en la escuela, nos las aprendimos de memoria y las tenemos constantemente ante nuestros ojos. Desafortunadamente no pasa lo mismo con las segundas. Naturalmente, la fuente de las dificultades filosóficas no son las reglas de gramática superficial sino las reglas de uso, de empleo, de aplicación. Así, el punto de vista de Wittgenstein es que los conflictos filosóficos surgen precisamente por no respetar las invisibles, pero no por ello menos reales, reglas de uso. De este modo, Wittgenstein ofrece tanto un diagnóstico de la clase de equivocaciones en las que se funda la filosofía, la gran tradición intelectual de Occidente, como un tratamiento que, a juzgar por sus resultados, es adecuado: lo que hay que hacer es recordarle a los filósofos, que potencialmente lo somos todos, las triviales reglas de uso de las palabras para que, con ellas por delante, puedan reconocer cómo y en dónde fue que produjeron los cortos circuitos conceptuales que generan los problemas que nos agobian y que no se dejan resolver. A los errores como los mencionados Wittgenstein los denomina ‘errores gramaticales’, esto es, errores de gramática profunda, no (claro está) en un sentido chomskiano.

Entendámonos bien: es claro que surgen problemas de tipo filosófico, esto es, de comprensión, en el ámbito del lenguaje natural y en relación con palabras de uso común, palabras como ‘conocimiento’, ‘pensamiento’, ‘introspección’, ‘externo’, ‘interno’, ‘privado’, etc. Pero sería de una ingenuidad fantástica pensar que sólo en este contexto aparecen las dificultades y que los lenguajes técnicos y sus practicantes están exentos de ellas. Es evidente que también la ciencia es un terreno fértil para la descomposición filosófica, es decir, también en su seno crecen a menudo los practicantes de la filosofía. Éstos, hay que decirlo, a menudo son más insolentes aún que los filósofos profesionales, porque además de no percatarse de ciertas dificultades se asoman al mundo de la filosofía con la armadura del conocimiento teórico puesta, aparentemente protegidos por un mar de tecnicismos producidos en respectivas ramas de la ciencia o de la disciplina que sea (teología, arte, historia, lógica, etc.) y, por ello, convencidos de que con conocimientos teóricos ellos pueden resolver confusiones conceptuales. De lo que no se percatan es, primero, de que también ellos son usuarios del lenguaje natural y, segundo, de que aunque lo intenten, tampoco ellos pueden ir más allá de lo que sus respectivos lenguajes técnicos les permiten decir. Obviamente, la psicología no es una excepción a la regla, como veremos en un momento.

Entre las aportaciones generales más importantes de Wittgenstein en torno a lo que podríamos llamar los ‘fundamentos de la psicología’ (en un sentido que más abajo aclaro), podemos citar los siguientes resultados:

- a) las adscripciones de estados psicológicos se hacen, sin cambio de significado, de distinto modo en primera y en tercera personas y, por lo tanto, es enteramente fútil pretender elaborar una única teoría que valga tanto para la adscripción como para la auto-adscripción de los así llamados ‘estados mentales’.
- b) Lo que hacemos en primera persona es confesar o dar expresión a un estado, en tanto que cuando empleamos verbos psicológicos en tercera persona lo que hacemos es describir la conducta significativa e intencional, esto es, contextualizada, de los agentes. Podemos adscribir estados psicológicos a otros gracias a que contamos con criterios.
- c) El pronombre personal ‘yo’ tiene dos usos, radicalmente diferentes, a saber, el uso de ‘yo’ como objeto y el uso de ‘yo’ como sujeto.
- d) *Pensar* no es una experiencia especial ni hay un lenguaje para ello. Quedó así bloqueada la posibilidad de la siempre sabrosa pero enteramente inútil especulación filosófica, basada en los conceptos de conciencia y de auto-conciencia.

Estos resultados fundamentales conciernen a lo que llamé ‘fundamentos de la psicología’, es decir, el conglomerado de nociones que todo hablante normal maneja sin para ello tener que haberse compenetrado con teorías psicológicas concretas. Esta labor de elucidación en el plano de los fundamentos es, sin embargo, indispensable, no sólo porque nadie antes de Wittgenstein la había realizado, sino porque sin ella habría sido imposible realizar ulteriores análisis gramaticales de afirmaciones técnicas. La labor pionera de Wittgenstein recayó básicamente sobre lo que de hecho es el material bruto de trabajo para el psicólogo: las nociones usuales de pensamiento, percepción, deseo, creencia, querer decir, tener la intención, etc. Y lo que (sin ser dogmáticos) podemos con confianza afirmar es que con la investigación wittgensteiniana se sentaron las bases para la genuina comprensión del cambio conceptual que se opera en psicología y, por ende, de las afirmaciones que los psicólogos de hecho hagan.

Lo que he dicho es casi una trivialidad: si sobre los fundamentos de la psicología se erige el edificio de la psicología misma, esto es, una multiplicidad farragosa de teorías (en donde, lo cual es muy importante, no hay unidad), en las cuales se utilizan los conceptos fundamentales, entonces sin el análisis gramatical básico sería en principio imposible dar cuenta del sentido de las ulteriores aseveraciones científicas. En la medida en que el lenguaje del psicólogo se funda en prácticas concretas (teóricas, de experimentación, etc.), el científico puede de hecho pasarse de la elucidación wittgensteiniana. Pero ese lujo ya no es factible cuando lo que pretende es explicar, aclarar, dar cuenta del significado de sus propias aseveraciones y de su propia práctica. Que quede claro: el wittgensteiniano no le prohíbe nada a nadie, siempre y cuando las afirmaciones que se hagan sean movimientos legítimos en juegos de lenguaje fundados en prácticas establecidas y sancionadas por la comunidad relevante de especialistas. El psicólogo puede

ciertamente emplear términos como ‘yo’, ‘inconsciente’, ‘estímulo’, campo, interconductual’, ‘condicionamiento operante’, etc., y seguramente su uso técnico será apropiado. Al respecto, el filósofo no tiene absolutamente nada que decir. Pero emplear debidamente esos términos es algo completamente diferente que aclarar la gramática de las expresiones empleadas. El freudiano puede usar, si le sirve, la expresión ‘pensamiento inconsciente’, pero el alerta policía intelectual wittgensteiniano le recordará que hay ciertas cosas que dicha expresión **no puede** significar y que se debe extraer su significado real del examen de sus aplicaciones y no de lo que él meramente “cree” que significan, es decir, de sus interpretaciones o prejuicios acerca de los conceptos que emanan del lenguaje natural. El análisis gramatical de expresiones técnicas, de expresiones de la psicología propiamente hablando, **presupone** por lo tanto al anterior, esto es, el análisis de los conceptos psicológicos naturales. Y, naturalmente, así como los análisis básicos presuponen que uno conoce su lenguaje natural, el modo de pensar wittgensteiniano también exige de su practicante que conozca la teoría, cuando a lo que aspira es a realizar análisis gramaticales de aseveraciones científicas. Para esto último no basta con haberse entrenado en determinados juegos de lenguaje, con ser bueno en su propia disciplina. La razón es obvia: no forma parte de las tareas del científico aprender a efectuar análisis gramaticales. En este como en otros casos la división del trabajo es una realidad.

Así, pues, en relación con cada disciplina podemos discernir su práctica de su comprensión y, a menos de que estemos dispuestos a cederle el puesto al filósofo convencional, al filósofo que, como diría Anthony Kenny, hay en cada uno de nosotros, los hablantes y usuarios del lenguaje, tendremos que reconocer que la visión correcta de nuestra práctica teórica es asequible o alcanzable sólo gracias al análisis gramatical, que corresponde al filósofo wittgensteiniano efectuar. El peligro de hacer caso omiso de su labor es simplemente el de caer en laberintos filosóficos para los cuales no habrá Teseos y si en cambio muchos Minotauros. Aquí cabría preguntar: ¿para qué nos sirve la investigación filosófica, en el sentido de ‘investigación gramatical’? La respuesta de hecho la dimos: para gozar de la visión correcta de las cosas, del tema que nos ocupa. Pero la investigación gramatical tiene otra virtud: es susceptible de ahorrarles a los participantes en los distintos juegos de lenguaje la gestación de pseudo-problemas, la confusión temática, puesto que al pretender dar cuenta de sus actividades (piénsese en, por ejemplo, lo embarazoso que puede resultar que se le pregunte en público a un físico, ‘¿qué es la materia?’, a un psicólogo ‘¿qué es la mente?’, a un matemático ‘¿que es el infinito?’, etc.) el científico tenderá a hacer filosofía convencional (independientemente de qué tan preparado esté para ello) y uno de los peligros en los que se cae al ceder a la tentación filosófica es el de confundir genuinos problemas, empíricos o formales, según el caso, con meros pseudo-problemas, problemas teóricos con problemas fantasma pero que, al hipnotizado del lenguaje, le parecen tan reales como los otros. De ahí que el científico y, más en general, el hablante contaminado por la infección

filosófica de distorsión e incompreensión de las reglas de uso de las expresiones involucradas, el hablante no purificado por el análisis gramatical no pueda a menudo hacer otra cosa que lanzarse en persecución de espejismos teóricos, convencido no obstante de que su afán lo conduce por la senda del progreso. Esto, que es algo que a todas luces hay que evitar, se logra sólo gracias al nuevo modo de hacer filosofía inaugurado por Wittgenstein.

Algunos de los temas enfrentados en el libro recogen, quiero pensar que con claridad, esta óptica. Que hablemos de la conciencia, de los colores, de la supuesta referencia del pronombre personal ‘yo’, de “causación mental”, de las relaciones entre los datos de los sentidos, el cerebro y los objetos del mundo externo, de los sueños, etc., la estrategia es siempre la misma: se plantea un problema, se detectan o identifican algunas posiciones filosóficas y se procede a recuperar las reglas gramaticales extraviadas o perdidas por o en el discurso filosófico convencional. Con ellas, a la manera de un sartén que tenemos por el mango, podemos pasar a dar cuenta de las perturbadoras tesis filosóficas. Así, pues, lo que a final de cuentas estamos haciendo es simplemente sugerirles a los especialistas, sean psicólogos, músicos, matemáticos, físicos, historiadores, politólogos o lo que sea, que mejor se limiten a hacer movimientos legítimos en sus respectivos juegos de lenguaje sin tratar a toda costa de franquear sus límites, esto es, los límites de la significatividad, puesto que al hacerlo automáticamente se convierten en filósofos y generan así incompreensión respecto a su propia labor.

El libro que hoy presentamos ciertamente contiene reconstrucciones y exégesis del trabajo del propio Wittgenstein y el interés se centra en el área de los fundamentos de la psicología. Ahora bien, dado que ni siquiera un genio como Wittgenstein podía haberlo dicho todo, el libro contiene también algunos intentos de análisis gramatical que no hallamos en sus obras, análisis (realizados siempre con frente sudorosa, taquicardia y manos temblorosas) de nuevas aseveraciones filosóficas sobre la psicología, de interpretaciones recientes del trabajo que se efectúa en psicología. Esto era obligatorio. Permitiéndome recurrir al vocabulario religioso, creo que podemos afirmar que es misión de quien ha sido convertido al wittgensteinianismo intentar efectuar análisis gramaticales por cuenta propia. La tarea es ciertamente excitante y mucho más difícil de lo que uno supondría en un primer momento. Pero también es cierto que, al realizar dicha tarea, nos hacemos eco de algo que escribe Wittgenstein al final de su “Prefacio” a las *Investigaciones Filosóficas* y que vale la pena recordar. “No quisiera – nos dice Wittgenstein – que mis escritos le evitaran pensar a otros, sino que más bien los estimularan para que pensarán por cuenta propia”. Es a la recomendación inscrita en la expresión de este deseo que intenté ajustarme en algunos de los artículos de este libro. Qué tan bien lo haya yo logrado es a los comentaristas y al público en general a quien corresponde juzgar.